UNIDAD, ¿A QUE PRECIO?

POR

GUSTAVE THIBON.

Extractos de su comunicación al IX Congreso de Lausanne.

Unidad y pluralidad.

... ...

LA UNIDAD ES LA CARACTERISTICA DE LO QUE ES UNO, es decir, de lo que forma un todo orgánico que cambiaría de naturaleza si se le suprimiera alguna de sus partes. El ejemplo típico es el cuerpo. Observaréis que si hablamos de unidad y de pluralismo, la palabra "unidad" implica automáticamente el pluralismo. Es precisamente la diversidad de los órganos lo que asegura la unidad, la integridad del cuerpo, porque precisamente esta diversidad converge hacia un fin común: la conservación, la armonía, la expansión y realización del cuerpo. En último término, se puede decir lo mismo del conjunto del universo, que está formado por elementos que se completan y que se conjugan con vistas a una armonía superior: la gravitación de los astros, la solidaridad entre los diversos reinos de la naturaleza, mineral, vegetal y humano. Conocéis el significado de la palabra "universo": quiere decir a la vez, "uno" y "diverso". En último extremo, en el extremo divino, está el misterio de la Trinidad: Dios, Uno y Trino, en relación subsistente.

Quisiera distinguir en primer lugar entre la diversidad, la pluralidad numérica y la pluralidad cualitativa. Son muy diferentes. Respecto de los granos de arena, por ejemplo, en una playa, no se puede hablar más que de pluralidad numérica, porque su calidad es la misma. Mientras que en los órganos del cuerpo hay una diversidad cualitativa.

Pues bien, esta última diversidad, esta pluralidad, es la que nos interesa aquí. Todo está relativamente claro en lo que concierne a

la naturaleza. El Cosmos, usando la palabra griega, está constituido por un orden. En él, la diferencia sirve a la unidad; en él, la unidad engloba lo diferente. Y esto es así a pesar de elementos de caos, de resistencia de la materia a la forma, como diría Aristóteles, que subsiste en la Creación.

Pero aquí no estamos tratando de la naturaleza, sino del hombre y de la sociedad. Todo se complica: de una parte por el dualismo de nuestra naturaleza: somos vida y espíritu, lo cual no es muy nítido; y, de otro lado, por la herida, diría incluso que por la herida infectada, que ha dejado en nosotros el pecado original. Casi diría yo que, en cierto sentido, es más grave no creer en el pecado original que no creer en Dios; porque cuando no se cree en el pecado original hay muchas probabilidades que el Dios en quien se cree no sea el verdadero Dios.

Se plantean dos problemas:

—¿Cómo realizar la unidad interior? Es decir, ¿cómo conciliar sin abolirlos los diversos elementos constitutivos de la naturaleza humana: carne y espíritu, imaginación y razón, pasión y voluntad, y así sucesivamente?

—Por otra parte, como la sociedad es un cuerpo, el cuerpo social —considerando esta palabra en el sentido más amplio y no en su significado biológico—, su unidad descansa sobre la interdependencia de los elementos con vistas a un bien común; siendo así, ¿cómo respetar las diferencias sin comprometer la unidad?, ¿cómo realizar la unidad sin sacrificar ni renegar de las diferencias?

No hay una solución perfecta, y la humanidad siempre ha oscilado y oscila entre dos tentaciones.

La primera es la de eliminar, o al menos reducir, un buen número de diferencias en beneficio de la unidad. Se podrían invocar: en moral, el purismo, el rigidismo, una cierta forma de ascetismo desencarnado, la estrechez, la intolerancia, todas las formas de fanatismo y de sectarismo; en materia social y política, los regímenes autoritarios e incluso más que autoritarios, totalitarios, el dominio del Estado, con el mismo molde ideológico y práctico para todos. La China de Mao es el ejemplo más palpable de ello: un solo evangelio para todo el mundo.

La otra tentación es la de aceptar el pluralismo reconociéndolo como un fenómeno irreductible, sin preocupación alguna por la unidad; su ejemplo límite es: conceder una libertad total a todas las opiniones, a todas las creencias, a todas las costumbres, estimando que las diferencias sin convergencia hacia la unidad son un bien en sí mismas. Gide decía que había que "cultivar" esas diferencias. Esta palabra es de largo alcance; pues al final, en semejante caso, tenemos el caos.

Ambos fenómenos son conexos y provocan el uno al otro en una escena sin fin.

Empecemos por la falsa unidad. Es lo cierto que borrar las diferencias no facilita la unidad. Muy al contrario, a menudo los seres que más se parecen, los más nivelados, los más reducidos a un común denominador, son los que más se desconocen o aborrecen; porque han perdido esa complementariedad que crea la armonía. La pluralidad puramente numérica crea las oposiciones más irreductibles. Por ejemplo, una cierta forma de igualación entre el hombre y la mujer —y al decir esto no proclamo la superioridad de los hombres—, una igualdad en todos los ámbitos que tienda a reducir al mínimo las diferencias entre los sexos, conduce al conflicto más agudo entre los sexos, al que hoy se asiste, porque uno y otro se colocan, desgraciadamente, sobre el mismo terreno. Otro ejemplo: los conflictos políticos entre regímenes dictatoriales: Hitler y Stalin, y hoy Rusia y China; y, en la misma entraña de estos regímenes, todas las purgas revolucionarias y todos los desacuerdos que existen en mayor grado que en los otros países. Esto es tanto más cierto por cuanto esta pseudo-unidad no se construye sobre la síntesis de las diferencias, sino sobre la reducción de la pluralidad a un sólo elemento de esa pluralidad. Esto es el totalitarismo.

... ...

Pluralidad y unidad en el proceso revolucionario.

En el fondo el proceso revolucionario es el siguiente: en un primer tiempo, se reclama la libertad para abolir las constricciones; en un segundo tiempo, se reclaman constricciones y se toleran, para

llenar el vacío cavado por su carencia; y entonces el engorro de las leyes fabrica a su vez unas leyes más duras que las precedentes. Así es como nacen todos los fascismos en el sentido peyorativo de la palabra, bien sean negros, pardos o rojos. En estos últimos hay una pequeña diferencia respecto de los otros, pues estrangulan la libertad y la igualdad precisamente en nombre de la libertad y la igualdad. "No hay libertad para los enemigos de la libertad". En cuanto a la igualdad, los más ardientes defensores de ésta pueden decir siempre a sus más ardientes seguidores: "Yo sirvo mejor a la igualdad que tú, luego ya no soy tu igual". A partir de ese momento, todas las tiranías son posibles. Lo observamos a diario.

... ...

¿Qué pensar de un cuerpo que rechazase la pluralidad de órganos o de una pluralidad de órganos que rechazara la pertenecencia a un cuerpo? En ambos casos se impone una prótesis.

¿Cómo concebir el verdadero pluralismo bajo esta luz? ¿Cómo alcanzar el pluralismo que enriquece y alimenta la unidad? Creo que hay que referirse a los criterios inmutables de lo verdadero, de lo bello y del bien. La diversidad es buena y deseable en la medida en que contribuye a la expansión del espíritu y del alma, en cuanto ofrece a cada uno una gama de recursos en los que pueda encontrar alimento para su genio personal y para la plena realización de su destino. Diversidad de hábitos, de costumbres, de lenguas y tradiciones, de las escuelas literarias y artísticas. En el seno de la religión, diversidad de las escuelas de espiritualidad.

En resumen, es buena toda diversidad que integra o, dicho de otra manera, que da lugar a unas relaciones fecundas, a unos intercambios positivos; y, por lo mismo, es mala toda diversidad que descompone. Es bueno el pluralismo de la salud. Entre los hombres sanos hay temperamentos diferentes, regímenes diferentes. Es malo, en cambio, el pluralismo de la enfermedad.

... ...

Hoy en día, por una curiosa paradoja, se exalta el pluralismo, siendo ésta una época en que se asiste a la agonía de las verdaderas diferencias entre los hombres, a la agonía de los particularismos más sanos referentes a lenguas, costumbres, tradiciones, hábitos, oficios.

En una época en que los hombres cada vez se hallan más sometidos a una educación *standard,* a los poderes de la información, a las modas tiránicas y niveladoras que les hacen perder cada vez más su identidad, en un proceso de masificación universal. Hay que reconocer que es un hecho que los hombres así maniobrados, manipulados y manoseados, tienden a agruparse cada vez más y a completarse cada vez menos. Ejemplo: la esterilidad de las conversaciones, en las que cada uno repite lo que millones de sus semejantes acaban de aprender por los "mass-media". Mientras, en realidad, la palabra chispeante viene del hombre con chispa, que no es *standard,* que no se fabrica de una vez para todas.

Finalmente, como se suele decir, los hombres a fuerza de agruparse, acaban por no conocerse más. Y precisamente en esta época que tiende a eliminar el pluralismo en lo que es conforme con la vida y la naturaleza, es cuando se aprueban y se animan en nombre también del pluralismo, las aberraciones en contradicción con las leyes naturales y los principios de la vida en sociedad. Esto es al mismo tiempo divertido y siniestro. Pronto tendremos el derecho al aborto, pero cada vez tenemos menos derecho a educar a nuestros hijos a nuestro gusto; la familia está pasada de moda. Lo mismo sucede con la iniciativa privada, con las comunidades naturales, con todo lo que crea la riqueza y la diversidad fecundante de una nación. Esto desaparece. Esto pierde su derecho. Y al mismo tiempo se proclama el derecho para todo cuanto deshace la armonía del individuo y de la ciudad. Podría citaros otros ejemplos: la libertad sexual, la luz verde concedida a la homosexualidad, a la pornografía y a todas las formas de subversión y de desorden. Se llegará a proscribir al hombre que no piensa como un rebaño y a tener una piedad sin límites por el degenerado y el criminal. No es que yo se la tenga guardada a estos últimos; bien sé que forman parte del Cuerpo Místico de Cristo. Bien sé que hay que inclinarse hacia ellos. Pero en fin, no se sabe por qué aberración, que no es más que una interpretación naturalista del Evangelio, se puede llegar casi ontológicamente a preferirles a las gentes honradas. Con todo lo que se oye hablar del cromosoma suplementario, que yo no sé en qué grado es cierto, se llega a compadecer mucho más a un criminal que a cien mil niños asesinados en masa

antes de su nacimiento. Hay casos en que en esto se ha llegado a algo demasiado lejos.

Se rechazan, a la vez, la verdadera unidad y el sano pluralismo. Se oscila entre la uniformidad y el caos, de cuya confusión nace su síntesis, en la medida en que se puede hablar de síntesis en el caos, pues no hay nada que se parezca menos a un auténtico pluralismo que la aberración.

... ...

¿Cuál debe ser la actitud del cristiano ante este estado de cosas?

En primer lugar, creo deseable que se favorezca el pluralismo en lo que tiene de sano y, ante todo, que lo favorezca cada cual en uno mismo: asumiendo y disciplinando y siguiendo una severa jerarquía de valores, las diversas facultades, las diversas tendencias que están en nosotros. Como la unidad perfecta no es posible aquí abajo, ello implica sacrificios, a veces sacrificios de ciertas partes inferiores nuestras.

... ...

El ideal es poner al servicio de la unidad todas las facultades que están en nosotros; pero si bien esa unidad implica sacrificio, en cambio no implica mutilación. Cada uno debe conocer cuál es su propia capacidad (pues esto no se puede saber desde fuera), cuál es el pluralismo compatible con su unidad. Porque, al fin y al cabo, no se puede abarcarlo todo. Hay que escoger. Y todo depende, naturalmente, de las capacidades de cada personalidad.

... ...

Por lo tanto, hay que discernir bien en cada uno de nosotros qué pluralidad podemos asumir sin peligro de dispersión y de estallido. Porque para trabajar eficazmente en la unidad de la Ciudad es preciso tener unidad interior. Simone Weil decía genialmente: "Si nuestra época ha destruido las jerarquías interiores, ¿cómo dejará subsistir las jerarquías sociales, que no son más que una imagen grosera de las primeras? Tenemos que luchar a favor de la verdadera diversidad, particularmente a favor de un clima en el que puedan subsis-

tir las comunidades básicas, los grupos elementales, las libertades asociadas a las responsabilidades.

Libertad y responsabilidad son dos nociones absolutamente correlativas. El mal pluralismo quiere ser libre sin ser responsable. Cuántas veces se reclama una libertad mientras se olvida la correspondiente responsabilidad. Podría citaros mil ejemplos: el caso del patrón perfectamente liberal en las horas de prosperidad e inclinado al dirigismo, para buscar la ayuda del Estado, en las horas de crisis; el caso del obrero que quiere hacer huelgas infinitas y al mismo tiempo estar mejor pagado; el caso de la chica que reivindica la libertad sexual y al mismo tiempo repudia todas las consecuencias de esa libertad. Pero, las dos nociones de libertad y de responsabilidad son correlativas. La responsabilidad es una función del bien común y es el contrapeso de la libertad. He ahí el pluralismo que debemos defender.

Pero ante el otro pluralismo, el del desorden y el del mal, el problema se hace infinitamente más complicado. En primer lugar se puede decir que, en realidad, en cada error, en cada mal, hay un bien mutilado y mal comprendido. Ciertamente, hay que luchar contra el mal. Tampoco es malo, sobre todo en el orden del apostolado, separar el núcleo de bien que hay en el mal y servirse de él, sin concesiones ni compromisos para iluminar a las víctimas del mal. En otras palabras, si como dice Chesterton: "Todas las locuras del mundo moderno son verdades cristianas que se han vuelto locas": se trata de volver a poner en su órbita esas verdades que se han vuelto locas. A los materialistas se les podría mostrar la importancia de la causalidad material, que es muy grande en Aristóteles y en la filosofía tomista, y mostrarles igualmente sus límites. A las víctimas del erotismo se les puede conceder que el sexo es una realidad extraordinariamente importante, pero al mismo tiempo debe advertírseles de que resulta perfectamente insignificante cuando uno se entrega al mismo. Al ateo estaría bien hablarle de la teología negativa y mostrarle que, precisamente, en el nivel en que él niega a Dios, es donde Dios no está.

... ...

Me complace decir que me siento decididamente contrario al co-

munismo y en favor de la comunidad; contra el socialismo y a favor de lo social; contra el liberalismo y a favor de la libertad; contra el capitalismo o contra un cierto capitalismo y en favor de la propiedad; contra el erotismo y a favor del amor. Dicho en otras palabras, delante de cada ídolo debemos intentar desgajar y salvar la realidad que el ídolo parece aplastar con un peso absolutamente falso.

... ...

CULTURA Y REVOLUCION:

(Actas del Congreso de Lausanne 1969.)

LOS ITINERARIOS CULTURALES DE LA REVOLUCION, por *Louis Daujarques.*

LAS TRES REVOLUCIONES, por *Mercel Clément.*

LOS VALORES PERMANENTES DE LA CULTURA, por *Gustave Thibon.*

NUESTRO COMBATE CULTURAL, por *Jean Ousset.*

80 páginas. 67 pesetas.